

- 16 Comentario de Vicente Aleixandre al autor.
- 17 Carta de Miguel Hernández a Josefina Manresa, sin fecha y matasello de julio de 1935.
- 18 Elvio Romero, Miguel Hernández: Destino y poesía (Losada: Buenos Aires: 1958), pág. 60.
- 19 Concha Zardoya, op. cit., pág. 24.
- 20 Detalles y texto confirmado por Carmen Conde al autor.
- 21 Vicente Ramos, op. cit., pág. 143,
- 22 Detalles y textos confirmados por Carmen Conde al autor.
- 23 Concha Zardoya, op. cit., pág. 24.
- 24 Manuel Muñoz Hidalgo, op. cit., págs. 110 y 111.
- 25 Vicente Aleixandre, “Presencia de Miguel Hernández”, El Nacional (Caracas. 20 enero 1955).
- 26 Homero Serís. “La generación del 36”, en Book Abroad (Oklahoma: 1945)
- 27 Arturo del Hoyo, Introducción a la Obra escogida de Miguel Hernández (Aguilar: Madrid, 1972).
- 28 Elvio Romero, op. cit., pág. 70.
- 29 Vicente Aleixandre, “Miguel: hombre y voz”, Agora (Madrid, nov.-dic. 1960), pág. 7.
- 30 Vicente Ramos, op. cit., págs. 45 y 46.
- 31 Juan Cano Ballesta, op. cit., págs. 39 y 40.
- 32 Vicente Ramos, op. cit., pág. 146.
- 33 Concha Zardoya, op. cit., pág. 24.
- 34 Ibid., pág. 25.
- 35 Vicente Ramos, op. cit., pág. 148.
- 36 Concha Zardoya, op. cit., pág. 25.
- 37 Ibid.
- 38 Ibid., pág. 26.
- 39 Juan Guerrero Zamora, op. cit., pág. 21.
- 40 Dario Puccini, Miguel Hernández, vita e poesia (Marsia: Milan, 1966).
- 41 Concha Zardoya, op. cit., pág. 27.
- 42 Jacinto Luis Guareña, Miguel hernández: poesía (Bitácora: Madrid, 1973), pág. 98.
- 43 Concha Zardoya, op. cit., pág. 54.
- 44 Gerardo Diego, op. cit., pág. 16

- 45 María de Gracia Ifach, op.cit., pág. 18.
- 46 Concha Zardoya, op. cit., pág.26.
- 47 Miguel Hernández, Obras completas, poema “A ti, llamada impropia Rosa”, pág. 150.
- 48 Concha Zardoya, op. cit., pág. 26.
- 49 Elvio Romero, op.cit., pág. 64.
- 50 Juan José Domenchina, “Literatura: El rayo que no cesa”, La Voz (Madrid, 17 abril 1936).
- 51 Arturo de Hoyo, op. cit., pág. 17.
- 52 Luis Flipe Vivanco, “El rayo que no cesa”, Agora, núms. 49-50 (Madrid, nov.-dic. 1960).
- 53 Carmen Conde, “Miguel Hernández Giner, poeta”, RHM, III, n. 3 (New York, 1937).
- 54 Antonio Aparicio, “El rayo que no cesa”, Revista de Guatemala VI, n. 6 (México, 1953), pág. 109.
- 55 Angel Rodríguez Segurado, “Dolor y soledad en la poesía de Miguel Hernández”, RUBA, XI (Buenos Aires, 1953), pág. 572.
- 56 Concha Zardoya, op. cit., pág. 57.
- 57 Manuel Muñoz Hidalgo, op. cit., pág. 90.
- 58 Concha Zardoya, op. cit., págs. 26 y 27.
- 59 Elvio Romero, op. cit., pág. 56.
- 60 Concha Zardoya, op. cit., pág. 27.
- 61 Elvio Romero, op. cit., pág. 56.
- 62 Información de Enrique Azcoaga a Concha Zardoya, op.cit., pág. 28.
- 63 Vicente Ramos, op.cit., págs. 149 y 150.
- 64 Ibid., pág. 149.
- 65 Concha Zardoya, op. cit., pág. 27.
66. Fray A. Ortega, “Semblanza y comentario a la ‘Elegía’ a Ramón Sijé”, Juventud Seráfica, XIX (Cartagena, 1953), págs. 40 y 50.
- 67 Concha Zardoya, op. cit., págs. 28 y 29.
- 68 Ibid., pág. 27.
- 69 Ibid., pág. 29.
- 70 Ibid.,pág. 30.

71 Ian Gibson, La represión nacionalista en Granada en 1936 (Ruedo Ibérico: París, 1971), pág. 98.

72 Elvio Romero, , op. cit., pág. 75.

73 Juan Cano Ballesta, “Miguel Hernández y su amistad con Pablo Neruda”, Revista la Torre, núm 60 (Universidad de Puerto Rico, San Juan, 1968), pág. 112.

74 Angel Valbuena Prat, Historia de la Literatura Española, vol. IV, 3ª. E(Gustavo Gill: Barcelona, 1950), pág. 704.

75 Manuel Azaña, discurso en Madrid del 11 de febrero de 1936.

76 Elvio Romero, op. cit., pág. 73.

CAPITULO IV

EL SOLDADO POETA

El 18 de julio de 1936 se abre un nuevo capítulo de la Historia de España y también en la vida de Hernández, al presenciar el espectáculo del Madrid airado contra la sublevación militar, pues estaba identificado con el destino de los trabajadores. Por ambas partes, y en España entera, se entrecruzan las pasiones y los odios guardados por los siglos, y se da uno de los periodos de salvajismo más grandes que se conocen en su historia.

La defensa contra la sublevación militar y falangista ganó la voluntad de Hernández. Se entrego a ella, a un bando de ella, de forma entera. Según se desprende de su obra de guerra, veía ésta necesaria para acabar con ellas. Queremos detenernos en este punto, porque de ahí parte la nueva poesía de Miguel, así como el cumplimiento de su destino. La de la guerra y la de la de después de la guerra, y ella como divisoria, porque la poesía de la cárcel es de guerra acabada, pero guerra todavía en su corazón de recluso. La guerra cambia el curso de su vida. Siendo el mismo es otro: la voz, postura, eco y temas cambian; hasta se amplían las raíces, antes ancladas permanentemente en Orihuela. Se agiganta en lo que cree de justicia y se alza con las que cree sus razones.

Queremos deslindar posturas para ir trazando la figura del personaje que estudiamos. Hernández fue a la guerra con las razones que le ganaban, con los recuerdos de la infancia superpuesta, el hambre y los descalabros de su pasada vida; como veremos claro en infinidad de detalles de su obra.

Seguía Hernández en Madrid. Viendo y palpando la guerra en Madrid, no ahonda en la amplitud de aquella guerra. El 28 de julio le escribe a Josefina: “Estoy deseando que acaben estas cosas, porque así no se puede vivir aquí. Sin ti se me hace imposible la vida. . . . Estoy dispuesto a pasar por la iglesia, ya que tú lo quieres así, y no te pondré ningún reparo ya que es tu gusto”.

El mes de agosto de 1936 Miguel está en Orihuela. Por cartas del poeta veremos que la sublevación de los militares la ve sin mayores alcances. Pero el asunto tiene otra cara. Las grandes potencia de Europa tienen otros planes. Alemania e Italia se alinean con los sublevados para probar sus armas y sus fuerzas; Rusia espera su turno para barrer para ella con los trabajadores como bandera; Inglaterra duerme en sus intereses y Francia sueña la caída, por fin, de lo que quedaba de su vecina y en otros tiempos competidora España.

Una tragedia ocurre en la familia de su novia (tan acostumbrado estaba a ella el poeta que era “su vecina”). El padre de su novia, Manuel Manresa Pamies, guardia civil, es asesinado con otros tres guardias por las milicias de izquierda frente al Cine Coliseo, en la carretera de Madrid a Alicante,¹ el 13 de agosto. Con Josefina y su madre quedan tres hermanas más pequeñas y un varón. Miguel se hizo cargo de esa familia.² La postura de Josefina era difícil: por un lado su padre asesinado por las izquierdas y su novio militando en el mismo partido de los asesinos de su padre. Fue fiel, según nuestro parecer, al recuerdo de su padre y al hombre escogido para esposo.

Regresó Miguel a Madrid el 18 de septiembre. Visita la Alianza de Intelectuales Antifascistas situada en la calle Marqués del Duero número 7; se ve con Alberti, Emilio Prados, Aparicio, conoce a Langston Hughes, Stephen Spender, Octavio Paz, Nicolás Guillén.³ Se inscribe como voluntario la última semana de septiembre en el 5º Regimiento de Zapadores, Miradores, 2ª. Compañía, 3ª. Sección, y lo destacan en Cubas (Madrid) a cavar trincheras. Sabemos todo esto por una carta a Josefina (que ha regresado con su familia a vivir a Orihuela) donde le cuenta sus peripecias:

“Te reirás (sic) mucho si me vieras dormir en una fábrica de tapices, metido en un estante de los que hay para colocar la lana. Estoy aquí como si no existiera el mundo para mí, como si me hubiera muerto y me encuentro con muchas cosas estrañas (sic) y fuera de tiempo.

Está cavando trincheras con unos doscientos hombres más “para no dejar paso a los fascistas que hay en Talavera de la Reina”.

Por mediación del poeta malagueño Emilio Prados, entra a formar parte de la 1ª compañía del cuartel general de caballería, con el cargo de comisario de cultura del Batallón el Campesino.⁴ Del 22 de octubre hasta el 19 de noviembre, se halla en Alcalá de Henares; lo destacan a Valdemoros, cinturón de Madrid, Bobadilla del Monte, Pozuelo de Alarcón. Cuenta desde Alcalá a Josefina con fecha 19 de noviembre la impresión de la ciudad: “Hay columnas y conventos por todas partes, y aquellas me hacen recordar la columna en el cuartel oriolano, que no se borrará nunca de nuestro pensamiento...” En Alcalá conoció a Pablo de la Torriente Brau, luchador cubano al lado de la República. Lo sabemos por una carta de la Torriente a Salvador Bueno.⁵ Pablo murió en el frente un mes después de conocer a Miguel, en Majadahonda (Madrid). Veamos la carta:

El día 23 creo que lo pasé todo en Alcalá. Descubrí un poeta en el batallón, Miguel Hernández, un muchacho considerado como uno de los mejores poetas españoles, que estaba en el cuerpo de zapadores. Lo nombré jefe de departamento de cultura, y estuvimos trabajando en los planes para poder publicar un periódico de la brigada y la creación de uno o dos periódicos murales, así como la organización de la biblioteca y el reparto de la prensa.

Les tocó a Miguel y a otro luchador acompañar el féretro de la Torriente hasta Barcelona, donde se hizo cargo de él el cónsul cubano en aquella ciudad.⁶ Dedicó al muerto una “Elegía segunda”, que incluyó en Viento del pueblo; la estudiaremos al tratar de este libro.

Dice Antonio Aparicio, “que el 18 de julio de 1936 significa para él (Hernández) el despertar de la luz”.⁷ Trabaja en su puesto, escribe, colabora además en El Mono Azul, Nueva Cultura, Hora de España. Está inmerso en la lucha como hombre y como poeta. Toma con agonía el dolor y la sangre joven que se derrama y los convierte en poesía. Se adentra en la pena nacional y lucha como hombre y poeta. Veamos su postura, escrita después por él, con la guerra en todo su fuego: “las fuerzas de mi cuerpo y de mi alma

se pusieron a disposición del pueblo y comencé a luchar y hacerme eco, clamor y soldado de la España de las pobrezaas”.⁸

El 24 de noviembre le escribe a Josefina desde Alcalá: “Soy comisario político. Me han nombrado comisario de guerra... Decídete ... escíbeme ligera como relámpago”. Por las Navidades de este año de 1936 permanecía en Madrid, albergado en un chalet de la Ciudad Lineal, donde estaba el batallón de descanso del Campesino. Le habla a Josefina de sus planes, de su deseo de poder tener una casa por aquella vecindad donde puedan vivir después de casados. Por esos días de la Ciudad Lineal, Clemente Airó traza el siguiente retrato de Hernández: “su mirada se desparrama candorosa sobre los seres y las cosas, sobre el paisaje y los hombres “. ⁹

Nombran a Hernández comisario de cultura de la 1ª brigada de choque.¹⁰ El 21 de enero de 1937 permanece en Madrid y en carta a Josefina aplaza la boda proyectada, porque no puede disponer de licencia de los días que necesita para celebrarla. Vuelve otra vez con ilusión de casamiento en carta del 11 de febrero: “sigue la situación en Madrid y como tarde en despejarse nos casamos enseguida”, y el 18 del mismo mes, otra carta donde se puede apreciar el grado de influencia que había alcanzado Miguel con Josefina: “Me gusta verte revolucionaria como tú dices, pero no quiero que sea por mi voluntad, sino por la tuya. Tienes que llegar a comprender que con la guerra que nos han traído (es curioso que esas mismas palabras de “nos han traído” las usa Josefina Manresa en una carta que nos dirigió con fecha 2 de abril de 1975) no defendemos más que el porvenir de los hijos que tenemos que tener. Yo no quiero que esos hijos nuestros pasen penalidades, las humillaciones y las privaciones que nosotros hemos pasado, y no solamente nuestros hijos, sino todos los hijos del mundo que vengan”.

Pasa camino de Valencia el 23 de febrero de 1937, y lo trasladan al Comisariado del Sur, a los altavoces del frente y lo destinan a Jaén , donde llega acompañando al comandante Carlos (conocido como comandante Carlos J. Contreras, pero su nombre verdadero era Vittorio Vidali, de nacionalidad italiana).¹¹ Días antes, el 27 de febrero, se publica en Al Ataque, en su número 8, revista de la brigada del Campesino. De su contenido sacamos la conclusión que Hernández era sincero con su postura y que estaba dispuesto a morir por lo que quería: “Yo seré el poeta dispuesto a empuñar el fusil y a empuñar el romance cuando lo creas conveniente dispuesto a morir a tu lado; dispuesto a que mi voz sea lo que nuestro pueblo mueve sobre nuestra garganta”. El poeta y el hombre en esta encrucijada de la Guerra Civil española caminan unidos. Con el fragmento de la carta al Campesino y con su contestación a una pregunta del reportero

de la revista Hora de España (número VI, junio de 1937), ¿Para qué sirve un poeta? Tendremos la imagen del luchador Hernández: “Para lo mismo que cualquier hombre y, además, para hacer versos”.

Desde Jaén, esos días, le escribe a Josefina: “no se te hará antiguo el vestido (refiriéndose al vestido de bodas)”. Toma Hernández permiso y contrae matrimonio (civil) en Orihuela el 9 de marzo de 1937.¹² La noche de boda fue en Alicante, y el 11 están en Jaén. Son días de felicidad y de entrega, pero la tragedia y la muerte persigue al poeta. El 19 Josefina tiene que regresar a Cox (Alicante) ante la enfermedad de su madre, que fallece el 22 de abril.¹³

Escribe Miguel versos de guerra, que entrarán a formar parte del libro, Vientos del pueblo. Poesía de vida, muerte y sangre. Aquellas impresiones de Hernández de dos años antes recogidas por Leopoldo de Luis¹⁴ al preguntársele que era un poema, quedan rebasadas, fuera de tiempo. Miguel definió el poema como

una bella mentira fingida. Una verdad insinuada.
Sólo insinuándola, no parece una verdad mentira.
Una verdad tan preciosa y recóndita como la mina.
Se necesita ser minero de poemas (en esta contestación sospechamos que Miguel Hernández tenía presente, Minero de estrellas, de José María Morón) para ver sus etiopías de sombras, sus Indias de luces. Una verdad verdadera que no se ve, pero que se sabe, como la verdad de la sal en situación azul y cantora....

Cano Ballesta señaló los poemas a que se refería: “no es sino la formulación teórica de lo que realiza en las octavas acertijos de Perito en lunas”.¹⁵ En 1937 con la guerra a muerte produce otra poesía y el poema que le nace es de sangre y llanto en muerte. Ya no hay figuraciones, vueltas, rodeos, velos que los cubran; ahora hay sólo dolor y palabra seria. Por aquellos días escribe “Juramento de la alegría”, que veremos en Viento del pueblo: “Me alegré seriamente, lo mismo que el olivo”. Aquí olivo es ser y es horizonte. Jaén, donde lo escribe y se encuentra, es la provincia olivarera mayor de España.

Lo trasladan al frente de Extremadura,¹⁶ pero antes pasa por Orihuela y ve con alegría que su esposa está embarazada.¹⁷ En el ABC publican una crónica sobre Hernández, según sabemos por carta de Aleixandre al poeta de fecha 24 de mayo.

Ya en el frente de Extremadura lo pasan a Castuera, cabeza de partido de la provincia de Badajoz donde se pelea fieramente. La “Carta del esposo soldado” fue escrita en ese frente.¹⁸ El 19 de junio le escribe a la esposa y le comenta que se ha cortado el pelo y parece un seminarista, y el 24 obtiene un permiso para ver a su esposa en Cox donde vive ahora (calle Santa Teresa, 15); se baña en el Segura con reloj y todo, hecho que Vicente Aleixandre comenta el 24 de junio: “ese reloj tiene que hacerse duro, de verdad mineral (voz de Neruda), para acompañarte fielmente durante la guerra y después de ella...” El 1 de julio llega a Valencia, donde asistirá como delegado al Segundo Congreso de Intelectuales antifascistas para la Defensa de la Cultura.¹⁹ Se vuelve a encontrar con Neruda, Nicolás Guillén, Octavio Paz y conoce a Jean Cassou, André Malraux y César Vallejo (cuya vida de muerte diaria tanto se asemeja a la de Hernández).²⁰ Desde Valencia escribe a su esposa el 22 de julio comunicándole que va a Madrid y que pasará por Cox en unos quince días, cosa que se confirma, pero va enfermo con una anemia cerebral y piensa recuperarse con el aire serrano y mejor alimentación al lado de su esposa.²¹ El 27 de agosto está en Valencia y en carta su esposa le dice que “está esperando salir de un momento a otro para Rusia”.

Antes de salir para Rusia como invitado por el gobierno ruso para conocer de cerca su teatro,²² dio una conferencia en el Ateneo de Alicante el 21 de agosto, esta institución que lo homenajeaba aquel día, y fue encargado de ofrecerle el homenaje el músico José Juan Pérez.²³ El texto de la conferencia lo publicó Nuestra Bandera, de Alicante, el día siguiente del acto. La impresión del periodista anónimo es la siguiente:

Tuve , en este acto, la suerte de saludar personalmente y escuchar al poeta, a quien fui presentado por Manuel Molina Rodríguez. En su número de aquel día (del día siguiente), Nuestra Bandera, órgano del Partido Comunista de Alicante, afirmaba muy certeramente: Las poesías de guerra de Miguel Hernández son, como ninguna, de una hondura humana que estremece.

De esa conferencia de Miguel en Alicante vamos a tomar motivos para redondear su personalidad. Juan Rejano, comentando años más tarde esa personalidad, pudo escribir: “Miguel fue entre nosotros el mejor (entre los poetas). El más entrañable, el más sincero, el más heroico también”.²⁴ Oigamos a Hernández en el Ateneo de Alicante:

Siempre será la guerra la vida de todo poeta;
para mí ha sido, y me vi iluminado de repente
el 18 de julio por el resplandor de los fusiles
de Madrid... La desaparición de Federico
García Lorca fusilado por los fascistas en el
Barranco de Viznar cerca de Granada el 19 de
Agosto de 1936 es la pérdida más grande que
sufrió el pueblo de España. El solo era una
nación de poesía... Cinco meses estuve con
el Campesino. He tenido grandes compañeros

en su tropa: el Algabeño, Pablo de la Torriente
José Alicaga. El Algabeño era un madrileño de
diecinueve años, que siempre me habla de su
madre y de su hermana. Entró con miedo en las
trincheras : se lo quitaba cantando por el hondo,
y su canción daba tristeza y alegría. Al prin-
cipio, ante la muerte de algún compañero, se
volvía chiquillo, y me hablaba de escapar junto
a su madre y su hermana. Cantaba de noche,
de día, a todas horas. Aquel chiquillo era
un ruiseñor entre los fusiles...

Nos interesa destacar de esta conferencia de Miguel Hernández su
postura para con los heridos de aquella guerra:

En una de las forzadas retiradas que tuvimos
hacia Madrid, en la primera en que me vi en-
vuelto , me sucedió algo significativo. La
artillería, la aviación, los tanques enemigos,
se cebaban en nuestros batallones, sin más
armas que fusiles y algún que otro cañón, que
nos volvía el alma al cuerpo al oírlo de tarde
en tarde. Nos retirábamos, por no decir que
huíamos, dentro del más completo desorden.
Las encinas de las lomas de Bobadilla del Monte
temblaban a nuestro paso enloquecido, y algunos

troncos se precipitaban degollados bajo las explosiones de las granadas. En medio del fragor de la huída, de los cartuchos y de los fusiles que los soldados arrojaban para correr con menos impedimento, me hirió de arriba abajo este grito: ¡Me dejáis solo, compañeros! Una bala rasgó el hombro izquierdo mi chaqueta de pana, que conservaré mientras viva, y las explosiones de los morteros me cegaban, y me hacían escupir tierra. ¡Me dejáis solo, compañeros! Se oían muchos ayes, muchos rumores sordos de cuerpos cayendo para siempre, y aquel grito desenfrenado, amargo, ¡Me dejáis solo, compañeros! ¡A mí me falta y me sobra corazón para todo!

La hombría de Miguel Hernández se trasluce y se dibuja con lo que sigue de la citada conferencia:

En aquellos instantes sentí que se me desbordaba el pecho. Orienté mis pasos hacia el grito y encontré a un herido que sangraba como si su cuerpo fuera una fuente generosa, ¡Me dejáis solo, compañeros! Le ceñí mi pañuelo, mis vendas, la mitad de mis ropas. ¡Me dejáis solo, compañeros! Le abracé para que no se sintiera más solo. Pasaban huyendo entre nosotros, sin vernos, sin querer vernos, hombres espantados. El enemigo se oía muy cercano. ¡Me dejáis solo, compañeros! Le eché sobre mis espaldas; el calor de su sangre golpeó mi piel como un martillo doloroso. ¡No hay quien te deje solo!, le grité. Me arrastré con él hasta donde quisieron las pocas fuerzas que me quedaban. Cuando ya no puede más, le recosté en la tierra, me arrodillé a

su lado y le repetí muchas veces: ¡No hay
quien te deje solo, compañero!

Recuerda Hernández del frente de Andalucía: “conocí a Parrita, un banderillero sevillano que era teniente en el batallón de Villafranca: uno de esos españoles que mueren sonriendo, si les da tiempo la bala”. Comenta en la conferencia, además la conquista del Santuario de la Virgen de la Cabeza en Andujar (Jaén), defendido por el capitán de la guardia civil Cortés durante varios meses y las luchas en los frentes de Extremadura. Se perfila su dolor de hombre y de poeta:

El poeta es el soldado más herido en esta
guerra de España. Mi sangre no ha caído
todavía en las trincheras, pero cae a diario
hacia dentro, se está derramando desde hace
más de un año hacia donde nadie le ve ni le
escucha, si no gritara en medio de ella.

La conferencia publicada en Nuestra Bandera va precedida del poema, “Fuerza del Manzanares” (con el que cierra su libro Viento del pueblo) y de esta declaración:

Nací en Orihuela hace veintiséis años. He
tenido una experiencia de campo y su trabajo
penosa, dura, como la necesita cada hombre.
Cuidando cabras y cortando a golpe de hacha
olmos y chopos, me he defendido del hambre,
de los amos, de las lluvias y de estos veranos
levantinos, inhumanos, de ardientes. La poesía
es en mí una necesidad y escribo porque no
encuentro remedio para no escribir. La sentí,
como sentí mi condición de hombre, y, como
hombre, la conllevo, procurando a cada paso
dignificarme a través de sus martillazos. Me
he sentido con toda ella dentro de esta tremenda
España popular, de la que no sé si he salido
Nunca. En la guerra, la escribo como un arma,
y, en la paz, será un arma también, aunque reposada.
Vivo para exaltar los valores puros del
pueblo, y, a su lado, estoy tan dispuesto a

vivir como a morir.

Teatro de guerra. Antes de salir para Rusia apareció su Teatro de guerra, en prosa, en la Editorial Nuestro Pueblo, de Valencia, libro breve, cuarenta y seis páginas, con cuatro piezas cortas relacionadas con la guerra: “La cola”, “El hombrecito”, “El refugiado” y “Los sentados”. Como el libro está escrito en prosa no entrará dentro de este estudio en el que intentamos ahondar en las experiencias vitales hasta hacerse materia poética en su obra. Este libro es menor y tiene un sello panfletario y partidista. De él nos interesa la “Nota previa”, que precede a las cuatro piezas. Si por un lado se descubre Miguel hombre y Miguel poeta, por el otro se aprecia hasta dónde puede influir una ideología política. Convencidos, como estamos, de que sin libertad no se puede crear obra seria, también estamos convencidos de que cuando se quiere mostrar lacras sociales, alimento de luchas políticas, emblemas de partidos, etc., la creación es pobre y diluída. Sintiendo como siente, Hernández en este caso, aún así, sólo le sale literatura panfletaria.

Dice Hernández en esta “Nota previa”: “El 18 de julio de 1936, frente al movimiento de los militares traidores, entro yo, poeta, y conmigo mi poesía, en el trance más doloroso y trabajoso, pero más glorioso, al mismo tiempo, de mi vida”. Esto ya lo vimos: su buena fe y el espíritu que lo alentaba. “Intuí, sentí venir contra mi vida, como un gran aire, la gran aire, la gran tragedia, la tremenda experiencia poética que se acercaba en España, y me metí, pueblo adentro, más hondo de lo que estoy metido desde que me parieran, dispuesto a defenderlo fieramente de los provocadores de la invasión”. Esa tremenda experiencia se traducirá en los versos de guerra y cárcel, en los que rebasará la política, los credos, las creencias y se dará entero.

Volvamos a la “Nota previa”: “todo teatro, toda poesía, todo arte, ha de ser, hoy más que nunca, un arma de guerra... Con mi poesía y con mi teatro, las dos armas que más me corresponden y que más uso, trato de aclarar la cabeza y el corazón de mi pueblo, sacarlos con bien de los días revueltos, turbio, desordenados, a la luz más serena y humana”. Vuelve otra vez a retratarse: “El corazón mío procura dignificarse a fuerza de ser generoso, desprendido de su sangre frente al corazón de los demás hombres”. Y vuelve otra vez al tema de enseñanzas políticas recibidas: “Yo me digo: hay que sepultar la ruina del obscuro y mentiroso teatro de la burguesía, de todas las burguesías y comodidades del alma, que todavía andan moviendo polvo y ruina en nuestro pueblo”. Teatro de burguesía y de pueblo fue el del Siglo de Oro español y teatro de burguesía y de pueblo fue el del siglo XIX en Europa y fue la fuente de grandes inquietudes.

La terminación de la “Nota” es esperanzadora: “Cuando descansemos de la guerra y la paz aparte los cañones de las plazas y los corrales de las aldeas españolas, me veréis por ellos celebrar representaciones de mi teatro que será la vida misma de España, sacada limpiamente de sus trincheras, sus calles, sus campos y sus paredes”. No lo pudo conseguir, porque la muerte lo acechaba.

Viaje a Rusia. Una invitación del gobierno ruso le fue extendida a Hernández para que conociera el teatro de aquel pueblo. En esa aventura fueron sus compañeros: el músico Casal Chapí, el dibujante Miguel Prieto (una cabeza de Hernández se conserva de ese dibujante), el periodista Martínez Allende y la actriz Gloria Santullano.²⁵ El 28 de agosto salió de Valencia por tren hacia París, y por carta a Josefina el 30 del mismo mes sabemos que se acordaba mucho de España: “como si la hubiera perdido para siempre... Aquí, en comparación con la nuestra, la gente me parece de cartón”. Le vuelve a escribir a Josefina el 1 de septiembre desde Estocolmo y le habla de las comidas; las encuentra más sosas que las españolas, y cuando se acuerda de las francesas dice que “en París, se guisa con mantequilla y parece que como uno cirios fritos”. Se siente más español fuera de su tierra: “si tuviera que vivir mucho tiempo, me pudriría de pena. El invierno debe ser como si fuera siempre noche”.

Concha Zardoya comenta unos recuerdos de Octavio Paz sobre la impresión que el idioma francés produjo a Miguel: “Aún me hace sonreír su graciosa cólera porque nadie entendía su francés incoherente y su español brusco”.²⁶ De Estocolmo fue a Moscú, se hospedó en el Hotel Nacional (lo sabemos por el membrete) y con el intérprete que le pusieron recorrió la ciudad, viendo y sintiendo cada vez más la España que dejaba atrás.²⁷ El 8 de septiembre le escribe a su esposa: “Es muy bonito Moscú, pero no tanto como Cox... Parece que me encuentro en otro mundo y sólo tengo ganas de volver”. De Moscú fue a Leningrado (11 de septiembre) y se hospedó en el Hotel Astoria, ya que escribe con membrete de ese hotel, donde estuvo hasta el 14, y el 15 salió para Kiev, pasando por Jarkov. En la primera ciudad mentada se halla el 18 desde donde escribe a sus padres y hermanos.²⁸ El 5 de octubre se embarca en Leningrado para España, con escala en Londres, que visita. De ahí fue otra vez a París, para entrar en España por Barcelona.²⁹ Sus impresiones de Rusia y los países de Europa que visitó se recogen en un artículo, “La URSS y España”, que apareció el 10 de noviembre de 1937 en Bandera Roja, de Alicante:

Salir de España, donde vivir es vivir en carne
viva, y más hoy que nunca; atravesar los Piri-

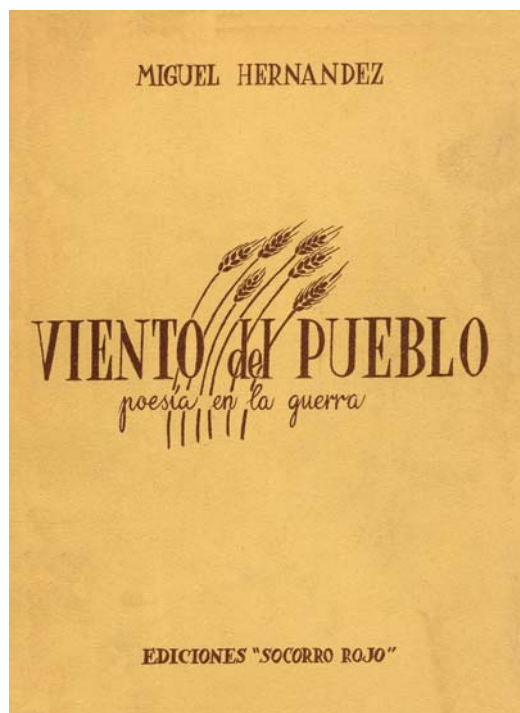
neos fue para mí arrancarme de un mundo cálido, desnudo, hirviente de pasión dentro de la paz o de la guerra, y hacerme pasar ante una humanidad de cartón, sentada en una comodidad de trenes de primera clase y un silencio de pobres fieras aisladas: hienas leyendo el periódico, sapos eructando chocolate, zorros y lobos mirándose de reojo y gruñendo tener que rozarse. Cuerpos humanos aficionados a no serlo y propensos a ser larvas, moluscos, carne de pulpo y caracol, viscosa, lenta. Esta mala impresión recibí pasar por Europa camino de la URSS. Peor había de ser lo que recibiera a mi regreso de la URSS, atravesando la isla de Europa, Inglaterra, donde vi a hombres más encerrados en un egoísmo de aguiluchos rapaces y en una elegancia monótona, uniforme, llenos de bombines, cuellos duros y hoteles como cárceles de recreo; una elegancia, de presidiarios capitalistas, que es elegancia, si lo es, por el traje, no por la anatomía, todo rigidez y compostura...

Durante su estancia en Rusia apareció su libro de poemas, Viento del pueblo, acontecimiento de gran importancia para el poeta, y en Hora de España aparecieron sus poemas, “Visión de Sevilla”, “Juramento de la alegría” y “Sudor”.

Viento del pueblo. Este libro lleva por subtítulo, Poesía en la guerra, salió en el mes de septiembre de 1937, cuando Hernández se encontraba en Rusia. Lo publicó la Editorial Socorro Rojo, en Valencia, y fue impreso en la litografía Durá, de la misma ciudad. Consta de 25 poemas de variados metros y formas, desde el verso libre a la décima y el romance. Contiene cuatro elegías, diez odas, siete cantos épicos y cuatro poemas imprecatorios.

Como el subtítulo señala, es la poesía en guerra, y siendo partidista como Teatro en guerra, se diferencia en que la pasión humana de que está llena, gana a los esquemas de partido y a las directrices políticas. El amor rebasa a las consignas, el alma trasciende y se señala; la guerra sirve como conciencia, que al ganarla, beneficiará a los humanos;

su voz es estremecida, llena de rayos y de voces apocalípticas. A nuestra manera de ver, la palabra poética superior a las razones que esgrime y se alza en poesía buena. Es un libro de esperanza e ilusión. No hay derrota todavía y si las hay (“Euzcadi”), se alza la palabra para alentar a la victoria del trabajador sobre las castas opresoras. Hay una fuerza vital que trasciende; se engarza y crece la imagen del poeta. Todas las enseñanzas políticas han sido rebasadas: queda sólo el grito de aliento; el poeta sobrepasa cualquier limitación de lo sectario y por eso estamos en desacuerdo con Juan Guerrero Zamora, que no vio en este libro y en otros poemas de guerra de Hernández la importancia que tenía. Es el libro testimonio de una época con poesía de hondas raíces españolas, en un estilo personal que lo define. Siendo un libro rabiosamente épico y estremecedoramente lírico, sólo lo vio el crítico mentado como de “baja calidad y pagó su tributo a la facilidad que, en los tiempos de guerra en que fueron escritos se llamaba arte popular o proletario, humanización del arte, y que no es otra cosa sino vulgarización, emblebeyamiento de la poesía”.³⁰ Ya hemos comentado lo que es la literatura dirigida por gobiernos y por partidos políticos y sus influencias nefastas para la creación literaria. Hernández cayó en Teatro de guerra en ese foso. Pero en Vientos del pueblo, como en El hombre acecha, poemas de guerra también y para ser más exacto,



Primera edición de Vientos del pueblo.

ya de derrota, la poesía se eleva sobre los accidentes. Su fuerza vital y poética se impusieron a las directrices e ideas políticas.

De otro ángulo, que no es el político como el caso de Guerrero, el crítico Ramón Gaya, tampoco vio la importancia de este libro:

“Es un libro desigual y sin medida. Todo fue a él, todo lo que escribiera Miguel Hernández en arranque de poeta verdadero, pero también lo que trazara su sola mano de versificador tan tremendamente fácil que logra formar a veces infinidad de versos, no ya sin contenido alguno, sino sin nada, sin palabras, tan sólo con sílabas y acentos”.³¹

El libro va dedicado a Vicente Aleixandre. En un página condensa la dedicatoria y la deuda que tiene con el sevillano y con Neruda;

Pablo Neruda y tú me habéis dado imborrables
pruebas de poesía, y el pueblo hacia el que
tiendo todas mis raíces, alimenta y ensancha
mis ansias y mis cuerdas con el soplo cálido
de sus movimientos nobles.

En esa dedicatoria explica en tres palabras el título del libro. “Los poetas somos viento del pueblo”.

Se abre el libro con “Elegía primera” dedicada a Federico García Lorca. Canta al poeta fusilado por los fascistas de Granada: “El dolor y su manto/ vienen una vez más a nuestro encuentro./ Y una vez más al callejón del llanto/ lluviosamente entro”. Su premonición de muerte en este libro queda rezagada ante la muerte a su alrededor. El dolor ajeno casi no le da tiempo a mirar sus tempestades por dentro. Palabras iluminadas marcan la muerte del poeta granadino: “Federico García/ hasta ayer se llamó: polvo de llama./ Ayer tuvo un espacio bajo el día/ que hoy el hoyo le da bajo la grama”. Dos de sus símbolos poéticos quedan aquí terminados: hoyo, siempre de muerte, y grama, la que cubre el campo del muerto enterrado. La muerte se enrosca, la sangre se traspasa: “vestida de esqueleto,/ durmiéndote de plomo”. Lo deja retratado con la muerte encima: “¡qué sencilla es la muerte: qué sencilla,/ pero qué injustamente arrebatada!” Y tras ella, la sombra idealizada del poeta muerto: “tú el más grande rugido,/ callado, y más callado, y más callado”. El silencio de la muerte se proyecta, se intensifica, como eco de la muerte silenciosa. En ese “callado, y más callado, y más callado”, Ramón Gaya vio nulidad poética, sólo palabras, cuando en realidad es una repetición dolorida del silencio de la muerte.

“Muere un poeta y la creación se siente/ herida y moribunda en las entrañas”. “Oigo pueblos de ayes y valles de lamentos”. Ayes y lamentos bíblicos, llegados al poeta por su propia sangre: “lutos tras otros lutos y otros lutos,/ llantos tras otros llantos y otros llantos”. Como en el caso de “callado”, aquí el luto y los llantos dan la medida repetida del emblema de la muerte y el dolor que la acompaña. Para calmar al amigo muerto, Hernández le recuerda al final: “Tú sabes, Federico García Lorca, / que soy de los que gozan una muerte diaria”. Este poema de dolor es tierno y duro a la vez. Sangre, muerte, hoyo, grama, ataúdes, escalofrío, volcán, trueno, están ahí para definir su mundo poético, pero junto con el dolor que esas palabras conllevan, una fuerza vital señala con sus voces el castigo: rugido, martillazo, montañas, trueno, hierro.

“Sentado sobre los muertos” es un romance. Canto de dolor y aliento: “Acércate a mi clamor/ pueblo de mi misma leche”. Léxico popular para dar ánimos a sus compañeros y hermano de guerra. Imperan la sangre, la fuerza, la venganza popular: “castiga a quien te malhiere/ muestra que te quedan puños,/ uñas, saliva, y te quedan/ corazón, entrañas, tripas/ cosas de varón y dientes”. La hombría brutal, de hierro más que carne, queda fijada. El hombre es de roble, a la antigua usanza española. El español queda acompasado con su arrojo y furia. Le señala, con los muertos a su alrededor, al vivo que queda, su camino y postura: “vive cara a cara y muere/ con el pecho ante las balas/ ancho como paredes”. Podrá ser poema de guerra, hecho ante una necesidad e influido por líneas políticas, pero la poesía brota viril y fieramente humana. Para definir la muerte usa la necesidad de ella, es decir, cuando se muere por algo “Antemuro de la nada/ esta vida me parece”, y para redondear el tránsito: “Varios tragos es la vida/ y un solo trago la muerte”. Es un canto de hombría.

En “Vientos del pueblo me llevan”, que con su título ampara el libro todo, señala a su pueblo la obligación de lucha, porque “nunca mendraron los bueyes/ en los páramos de España”. Con fuerza retrata a su pueblo llevando la mirada a su yacimiento humano: “No soy de un pueblo de bueyes, / que soy de un pueblo que embargan/ yacimientos de leones/ desfiladeros de águilas/ y cordilleras de toros/ con orgullo en las astas”. Insiste otra vez en que la muerte es nada, que la vida no es yugo sino libertad y ejemplo: “Si me muero, que me muera/ con la cabeza muy alta”. El espíritu español rebelde para ganar la vida, sabe morir: “Cantando espero la muerte,/ que hay ruiseñores que cantan/ encima de los fusiles/ y en medio de las batalla”. Las palabras son duras, como duro es el asunto que se trata: garganta, leones, toros, huracán, dinamita, hacha, raíces, varón.

“El niño yuntero”, en cuartetos es una oda tierna y dura. El niño yuntero está hecho de tierra, miseria y explotación humana. Niño español, casi biográfico en el caso de Miguel. Niños que después serían hombres, jornaleros, raza maltratada por los grandes terratenientes: “Trabaja, y mientras trabaja/ masculinamente serio,/ se unge de lluvia y se alhaja/ de carne de cementerio”. Nos duele este niño nacido en la pobreza y aniquilado, tan pronto, por el hombre poderoso. Es un canto justiciero y apasionado: “Cada día es/ más raíz, menos criatura,/ que escucha bajo sus pies/ la voz de la sepultura”. Le llega el dolor al poeta por ese niño milenariamente repetido en la superficie de la Tierra: “Me da su arado en el pecho”. Ya vimos lo que como símbolo significa arado en Hernández: lo que araña dentro con ansias de muerte. Las palabras en este poema son tiernas y duras: tiernas para cantar al niño explotado y duras para ir contra los que lo aniquilan. “Alma color de olivo”. “grandiosa espina”, “menor que un grano de avena”, y por otro lado, martillo, cadena, encima, verdugo.

“Los cobardes” es, a nuestro juicio, el poema más deficiente del libro. Está plagado de palabras malsonantes: ano, cacas, mierda. Increpa a los cobardes. Abomina de esta plaga de hombres, porque el poeta es la antítesis del cobarde. Esos, dice, “que me duelen hace tiempo/ en los cojones del alma”. Metáfora brusca, pero llena de hombría. Los ataca y desprecia.

“Elegía segunda”, a Pablo de la Torriente, comisario político, fue escrita al morir este luchador cubano, que había sido su jefe, como vimos anteriormente. La elegía está compuesta de diez grupos de diferentes números de versos y combina versos endecasílabos, alejandrinos y heptasílabos, generalmente rimando consonante ABAB. La segunda estrofa, de cinco versos, queda sin rimar el primero, “Nadie llora a tu lado”. Elegía bronca, de voz dura: “nunca se pondrá el sol sobre tu frente,/ heredará tu altura la montaña/ y tu valor el toro del bramido”. Le duele esa muerte del amigo, por familiar y por cercano. Lo pinta y lo esculpe en vida y en muerte; lo despide: “Ante Pablo los días se abstienen y ya no andan./ No temáis que se extinga su sangre sin objeto,/ porque éste es de los muertos que crecen y se agrandan/ aunque el tiempo devaste su gigante esqueleto”.

En “Nuestra juventud no duerme”, compuesto de seis estrofas –una de sólo dos versos--, utiliza, como en el poema anterior, alejandrinos, endecasílabos y heptasílabos en ABAB y segundo con cuarto, a excepción de la primera estrofa, de seis versos que rima primero con cuarto, segundo con quinto y tercero con sexto; el primer verso de la cuarta rima caprichosamente con el primero de la tercera. Canta a la juventud bravía,

forzosamente, con negror en las muertes.- El acento bronco, varonil, le sale a borbotones. Canta a la muerte joven que se va por los caminos de la guerra: “Bajo el gran resplandor de un mediodía/ sin mañana y sin tarde,/ unos caballos que parecen claros,/ aunque son tenebrosos y funestos,/ se llevan a estos hombres vestidos de disparos/ a sus inacabables y entretejidos puertos”. Canta a la juventud y a la hombría por sus hechos y gestos. Se acuerda de la madres y novias de los que mueren: “Mirad, madres y novias, sus transparentes caras:/ la juventud verdea siempre en sus brozos”. Hernández usará el tema de este poema en su obra de teatro, Pastor de la muerte.

“Llamo a la juventud” es un romance largo donde canta a la juventud y la alienta. “Laurel”, ya usado en varias composiciones, vuelve aquí con el sentido de heroísmo. “Caballo”. Vuelve también a usarlo como símbolo acompañador del héroe muerto. Entre trueno, espada, olivo, plomo, fusil y muerte camina el romance alentador: “Bajo una zarpa de lluvia/ y un racimo de relente, / y un ejército de sol,/ campan los cuerpos rebeldes/ de los españoles dignos/ que al yugo no se someten”. Lloran por los muertos: “Pero en los negros rincones,/ en los más negros, se tienden/ a llorar por los caídos/ madres que le dieron la leche,/ hermanas que los lavaron,/ novias que han sido de nieve...” Invita a morir a la juventud ilusionada de España. Termina con, “Gritemos amargamente:/ ¡Ay España de mi vida/ Ay España de mi muerte!”

“Recoged esta voz”, en dos partes, está compuesta en veintinueve estrofas, y usa alejandrinos, endecasílabos y heptasílabos que riman consonante, generalmente primero con tercero y segundo con cuarto con excepción del primer verso de la cuarta estrofa que rima con el cuarto verso, el primero de la novena que rima con el final de la octava; del primero de la decimaquinta estrofa que lo hace con el final de la decimacuarta y de la primera, cuarta, sexta y novena estrofas que riman primero con cuarto, segundo con quinto y tercero con sexto. Va derecho a los pueblos del mundo para que vean la tragedia de España, la comprendan y la salven: “Abierto estoy, mirad, como una herida./ Hundido estoy, mirad, estoy hundido/ en medio de mi pueblo y de sus males”. Explica los males que plagan a España, su dolor y el miedo que siente por su posible aniquilación: “Sangre, sangre por árboles y suelos,/ sangre por aguas, sangre por paredes,/ y un temor de que España se desplome/ del peso de la sangre que moja entre sus redes/ hasta el pan que se come”. Se palpa en este poema, sangre, aniquilamiento, destrucción, abandono, lejanía, muerte en los caminos, aeroplanos, desolación y desventura. En la parte segunda del poema se transparenta la valentía. Esos muertos en la lucha “se merecen la espuma de los truenos,/ se merecen la vida y el olor del olivo,/

los españoles amplios y serenos/ que mueven la mirada como un pájaro altivo”. Se recibe la impresión de que esos soldados de España resucitan y alimentan sus espíritus: “Allá van por los yernos de Castilla/ los cuerpos que parecen potros batalladores,/ toros de victorioso desenlace”. Usa, desenlace, repetido muchas veces en sus libros anteriores. Toros que ganan a los toreros que no los pueden matar y que se salvan de la muerte por su valentía y coraje. Pero cuando mueren, también la muerte es victoriosa, victoria decisiva: “diciéndose en su sangre de generosas flores/ que morir es la cosa más grande que se hace”. En este poema, y en este libro, repetimos, la muerte es tanta y es tan natural, que el poeta se olvida de la suya, repetida, conocida, familiar y siempre puesta. La premonición de su muerte es olvidada, porque se va cumpliendo a izquierda y derecha de los seres que lo rodean. Cuando se acabe la guerra y empiece el drama de las cárceles, la veremos florecer otra vez intensamente clara, rabiosamente estremecida y tiernamente aceptada.

“Rosario la dinamitera” va en décimas ajustadas: “Rosario, dinamitera,/ sobre tu mano bonita/ celaba la dinamita”, empieza. Todo el impulso de la mujer, tantas veces repetido en la historia de la humanidad se da cita en estos versos. Una Agustina de Aragón dinamitera, una Mariana Grajales en el aliento, una Numancia mujer personificada, una Monja Alférez en la bravura. Palabras llenas de ardor bélico, de muertes y de estallidos: fiera, metralla, batalla, explosión, leones, municiones, mecha, rayo, trinchera, bandera, y con ellas, la feminidad personificada: mano de rosa, doncella, estrella y “nata de las mujeres”.

“Jornaleros” es un poema imprecatorio en estrofas de cuatro versos, tres endecasílabos y un tetrasílabo, en consonancia alterna, variando en cada estrofa. En los jornaleros, según el poeta, está el filón seguro de España y de todos los pueblos. Reconoce Hernández a esos hombres, los alienta e ilusiona: “Españoles que España habéis ganado/ labrándola entre lluvias y entre soles./ Rabadabes del hambre y el arado:/ españoles”. Les recuerda su origen, su medida, sus obligaciones; la guerra, la lucha, los tiranos. Los incita a la pelea: “Adelante , español, una tormenta/ de martillos y hoces: ruge y canta./ Tu porvenir, tu orgullo, tu herramienta/ adelanta”. Este poema casi se salva por lo que tiene de fuerza, arrastrado como va las consignas guerreras y de partido.

“El soldado internacional caído en España” es un soneto en alejandrinos. Es elegía y es a la par oda. Es elegía por la muerte del soldado extranjero que deja su sangre en tierra española; es oda en la que canta las hazañas de esos muertos

identificados en uno: “A través de tus huesos irán los olivares/ desplegando en la tierra sus más férreas raíces,/ abrazando a los hombres, universal, fielmente”. Canto regado de hombría, patrias y banderas: “España te recoge porque en ella realices/ tu majestad de árbol que abarca un continente”.

“Aceituneros” es un oda en cuartetos: “Andaluces de Jaén,/ aceituneros altivos,/ decidme en el alma, ¿quién/ quién levantó los olivos?” Es un poema lleno de verde, hambre, angustia y densidad. Dice y pregunta. Orienta el aceitunero, esa raza maltratada de los campos de Jaén, Córdoba y Sevilla. “Arboles que vuestro afán/ consagró al centro del día/ eran principio de un pan/ que sólo el otro comía”. Es canto también de rebeldía, de sacudimiento del yugo. Este poema, a nuestra manera de ver, supera la guerra y las consignas directas o veladas de partido. Poesía que fluye humanamente seria, atormentada, limpiamente con olor a tierra y a olivares.

“Visión de Sevilla” es un poema imprecatorio, compuesto de diecisiete estrofas de variados números de versos alejandrinos, endecasílabos y heptasílabos, en orden caprichoso, rimando consonante, generalmente, primero con tercero y segundo con cuatro, a excepción del primer verso de la cuarta que rima con el final de la tercera, e igualmente el primero de la octava con el final de la séptima. “¿Quién te verá, ciudad de maravilla,/ amorosa ciudad, la ciudad más esbelta,/ que encima de una torre llevas puesto: Sevilla?” La capital de Andalucía la Baja estaba en manos de los sublevados. Sevilla se vestía de luto y sangre. La ciudad alegre moría en la tragedia: “patíbulos y cárceles desgüellan los gemidos,/ la juventud, el aire de Sevilla”. Describe tétricamente la voz de aquel general, Queipo de Llano -aunque no lo nombre- repetida cada día por la radio nacionalista. Se vislumbra la ciudad de la muerte: “Amordazado el ruiseñor, desierto/ el arrayán, el día deshonorado,/ tembloroso en cancel, el patio muerto/ y el surtidor, en medio, degollado”. Hernández se mete en el alma de la ciudad: “Con angustia y claveles oprime sus ventanas/ la población de abril. La cal se altera/ eclipsada con rojo zumo humano”. En eso de la “población de abril”, está, nos parece, perfectamente identificada la ciudad de la primavera, famosa por su feria de abril. Tras la explicación de la muerte, la ruina, lo negro y la sangre, viene la ilusión del poeta de que la ciudad se gane para la República (no se ganó). De ahí su alimento a la ciudad ampliado a toda la tierra andaluza: “Vengo con un ráfaga guerrera/ de jinetes y potros populares,/ que están cavando al monstruo la agonía/ entre cortijos, torres y olivares”.

“Ceniciento Mussolini” consta de catorce estrofas de irregular número de versos alejandrinos, endecasílabos y heptasílabos colocados a capricho del autor que riman

consonante primero con tercero y segundo con cuarto con excepción del primero de la segunda que rima con el final del primero; en la tercera, que la rima es primero con cuarto, segundo con quinto y tercero con sexto, y en la séptima estrofa donde el primer verso rima con el final de la sexta y se repite la forma de rimar como en la tercer estrofa. Entra también entre los poemas imprecatorios. Es además rabiosamente épico. En esa tabla difícil entre panfleto político y poesía, se salva el poema, porque Hernández lo gana. El comienzo es certero en el retrato: “Ven a Guadalajara, dictador de cadenas,/ carcelaria mandíbula de canto”. En algunas estrofas el aire guerrero del día gana a la poesía: Un titánico vuelo/ de aeroplanos de España/ te vence, te tritura,/ ansiosa telaraña,/ con su majestuosa dentadura”. Creemos que tras ese tropiezo la poesía verdadera se alza: gana la plenitud a lo diario, el alma a los uniformes, la calidad a lo esperpéntico. Le habla al dictador: “Los verás rebelarse contra el frío,/ de no beber la boca dilatada,/mas vencida la sed con la sonrisa:/ de no dormir extensa la mirada,/ y destrozada a tiros la camisa”. Ataca al dictador: “Enviuda y desangra sus mujeres:/ nada podrás contra este pueblo mío,/ tan sólido y tan alto de cabeza,/ que hasta sobre la muerte muere su poderío,/ que hasta el junco saca su fortaleza”. Y casi en el final, una profecía, pues resultó profecía para el dictador de Italia: “Dictador de patíbulos, morirás bajo el diente/ de tu pueblo y de miles”. Así murió, en una plaza de Milán asesinado por sus mismos compatriotas.

“Las manos” es una oda en estrofas de cuatro versos, alejandrinos los tres primeros y el cuarto heptasílabo, rimando en consonante el primero con el tercero y el segundo con el heptasílabo. Canta y diferencia las manos: las del trabajador y las del señorito. Explica el significado de la mano: “La mano des la herramienta del alma, su mensaje,/ y el cuerpo tienen en ella un rama combatiente./ Alzad, moved las manos en un gran oleaje,/ hombres de mi siente”. Es una oda varonil. Nos llega y trasciende el mensaje de rebeldía del hombre Hernández de ramos encallecidas.

“El sudor” está compuesto en el mismo tipo de estrofa que el anterior. Lleva también la misma intención: señalar al hombre trabajador, al hombre del sudor. “El sudor es un árbol desbordante y salado,/ un voraz oleaje”. Marca también las diferencias: los que sudan y dan su esfuerzo diario, y los que no sudan porque no trabajan, parásitos y explotadores de los primeros: “Viviréis maloliendo, moriréis apagados:/ la encendida hermosura reside en los talones/ de los cuerpos que mueven sus miembros trabajados/ como constelaciones”. Creemos que es poesía de equilibrio y honduras. Arremete contra el hombre parásito y realza esa casta de hombres sudorosos

por el trabajo. Existe, a nuestra manera de ver, justeza en el decir. Van en el poema símbolos e fiereza y trabajo: toro, frente, voraz, “sabrosos cristales”, varones, igualdad, “blusa silenciosa y dorada”.

“Juramento de la alegría” lo escribió en los campos de Jaén en sus días de luna de miel.³² Compuesto en alejandrinos, endecasílabos y heptasílabos y en trece estrofas de variados números de versos que riman consonante, generalmente, primero con tercero y segundo con cuarto, si se exceptúan el primer verso de la tercer estrofa que rima con el último de la anterior, e igualmente el primero de la octava con el último de la séptima, y el primero de la octava que queda sin rimar. La ilusión iluminada del amor, a nuestro parecer, gana a la guerra. No es alegría completa, es casi alegría. Andalucía influye en el Levante. Es un canto de alborada y de casi resurrección a la alegría: “La alegría es un huerto del corazón con mares/ que a los hombres invaden de rugidos...” Todo parece alegrarse: “alegres animales,/ la cabra, el gamo, el potro, las yeguas...” Canto del trabajador feliz, de casi paz y casi paraíso. Decimos casi, porque el poeta llevaba la tristeza por dentro. Apreciamos su alegría como enturbiada por sus mismos presentimientos. No se alegra como la flor del almendro, sino como la del olivo: verde triste alegría. El poeta lo dice en la estrofa final: “Salí del llanto, me encontré en España,/ en una plaza de hombres de fuego imperativo./ Supone que la tristeza corrompe, enturbia, daña.../ Me alegré seriamente lo mismo que el olivo”.

“1 de mayo de 1937” es una oda corta. Consta de diez estrofas, dos de las cuales de un solo verso, y dos, de dos versos, una de ellas, la final. Usa como en muchos poemas anteriores, alejandrinos, endecasílabo y heptasílabo, colocados a capricho del autor. Riman consonante, generalmente, primero con tercero y segundo con cuarto con excepción del primero de la segunda estrofa, cuarta, y final que lo hace con el último verso de la estrofa anterior. “La España que hoy no se are, se arará toda entera”. Poema de luz y de espera en un ambiente entre guerrero y campesino: “No sé qué sepultada artillería/ dispara desde abajo los claveles/ ni qué caballería/ cruza tornando y hace que huela los laureles”. Es canto de esperanza con dureza en la palabra poética, hecha para un pueblo que pelea: toro, bronce, hierro, colérico. Poesía ilusionada también. El matrimonio cumplido abrió al poeta, y lo hemos visto en algunos poemas, nuevos ventanales a la vida. En ese 1 de mayo de 1937, a mes y medio de su matrimonio, desea a España “un mayo ejecutivo,/ vestido con la eterna plenitud de la era”. Y ve cómo, “Hasta el cadáver secular delira”. Quiere recordar otro 1 de mayo –el del 1808, cuando

se inició la Guerra de Independencia contra Napoleón y los franceses—y por eso su, “Mayo es hoy más colérico y potente: lo alimenta la sangre derramada”.

“El incendio” es un poema donde se canta la guerra de España de extremo a extremo, extensiva a Europa, que no estaba entonces en guerra pero que lo estaría pronto. “España suena llena de retratos/ de Lenin entre hogueras matutinas”. Si el poema se alza por su fuerza incendiaria: “Bajo un diluvio de hombres extinguidos,/ España se defiende...”, por otro lado es un canto a la Rusia comunista, aceptada por Hernández, como vimos con anterioridad: “Se propaga la sombra de Lenin, se propaga”. Ve en Rusia la colaboradora hermana y por eso dice: “Y por los Pirineos ofendidos/ alza sus llamas, sus hogueras tiende/ para estrechar con Rusia los cercos de la lumbre”.

“Canción del esposo soldado”, en estrofas de tres cuartetos de versos alejandrinos y un último heptasílabo, es a nuestro juicio uno de los mejores del libro. En este poema, en la segunda estrofa, el poeta se toma la libertad de cambiar la rima consonante del primer alejandrino con el tercero, y en las dos últimas estrofas desaparecen los heptasílabos finales para dar paso a alejandrinos, que riman, como en el resto del poema, ABAD. Refiriéndonos a esa segunda estrofa que al final del primer verso dice, “altos ojos”, rompiendo la rima consonante de todo el poema, pensamos que bien podría ser error de imprenta pues lo indicado hubiera sido “ojos altos” dándose así la rima consonante como en las demás estrofas.

Fue hecho en el frente de Extremadura cuando ya sabía que su esposa había quedado embarazada del primer hijo.³³ La guerra se margina para dar entrada de nuevo al amor y al hijo concebido. Entra por primera vez “vientre” en el universo poético de Hernández. Este símbolo de lugar sagrado para la reproducción humana, tendrá un importancia capital en la futura obra hernandiana: “He poblado tu vientre de amor y sementera”. La palabra poética en este poema es descarnada y humana. Canta a la esposa con pasión carnal: “Morena de altas torres, alta luz y ojos altos,/ esposa de mi piel, gran trago de mi vida,/ tus pechos locos crecen hacia mí dando saltos/ de cierva concebida”. La ven en la distancia: “Mujer, mujer, te quiero cercado por las balas,/ ansiado por el plomo”. La pasión carnal lo reclama, lo desvela: “Cuando junto a los campos de combate te piensa/ mi frente que no enfría ni aplaca tu figura,/ te acercas hacia mí como una boca inmensa/ de hambrienta dentadura”. Figura desproporcionada y por ello reveladora de las ansias del poeta. Amor arrebatado, casi de locura carnal. Vientre e hijo son las agarraduras. Ese hijo en puertas lo une a su sangre: “y definiendo tu

vientre de pobre que me espera,/ y defendiendo tu hijo”, y para él, “para el hijo será la paz que estoy forjando”. Poema, según creemos, biográfico, de ilusión y desconsuelo.

“Campesino de España” es un canto épico, con estructura de endecha: “Campesino, despierta,/ español, que no es tarde”. Intenta resucitarlos de su ignorancia y sus trabajos; salvarlos del yugo y proyectarlos en la guerra de todos. Le recuerda su vida pasada: “Calabozos y hierros,/ calabozos y cárceles./ desventuras, presidios,/ atropellos y hambres”. Les muestra que con la fuerza del hombre de la tierra la guerra se ganará así como las batallas del trabajador sobre las castas: “Retroceden al hoyo/ que se cierra y se abre,/ por la fuerza del pueblo/ forjador de verdades”. Creemos que este poema tiene mucho de imprecación política y partidista, pero el poema se salva por hondura y sinceridad. Así mismo pensamos que en un poeta menor hubiera caído en lo chabacano y ramplón. “De la muerte y la muerte/ sois: de nadie y de nadie./ De la vida nosotros,/ del sabor de los árboles”. Esa voz de “nadie” tiene sabor a Sijé y es Sijé. fue la voz que le dio a Miguel cuando lo quiso desviar de la influencia de Neruda, como vimos por la carta de Sijé al poeta.

La “Oda a la Pasionaria” es un canto a esa figura que en la guerra de España estuvo en primer plano. Va en dieciséis estrofas de variados números de versos alejandrinos, endecasílabos y heptasílabos, colocados a capricho del autor. Riman consonante primero con tercero y segundo con cuarto, o primero con cuarto, segundo con quinto y tercero con sexto. La canta con ansias y admiración. “Una mujer que es estepa sola/ habitada de aceros y criaturas”. Con estepa define el poeta la filiación comunista de la cantada. Lo de “dan ganas de besar los pies y la sonrisa/ de esta herida española”, es, a nuestro modo de ver, una exageración como tantas y tantas expresadas en aquellos tiempos y en estos tiempos, donde la medida y el equilibrio parecen haber desaparecido. Dentro de lo hiperbólico del canto, unos versos hermosos: “Naciste para dar dirección a los vientos,/ naciste para ser esposa de algún roble”.

“Euzkadi” es un canto épico en versos de rima consonante, en versos alejandrinos, endecasílabos y heptasílabos que riman a capricho del autor y en estrofas también caprichosas. Está dedicado a la pérdida del país vasco que cayó en manos de los sublevados. Ante la pérdida, el aliento: “Español, al rescate/ de todo lo perdido”. Canto de clarín y guerra. Incita a la lucha al soldado de los trabajadores: “Al mar no se lo tragan los barcos invasores,/ mientras existe un árbol el bosque no se pierde,/ una pared perdura sobre un solo ladrillo./ España se defiende de reveses traidores, / y avanza, y lucha, y muerde/ mientras le queda un hombre en pie como un cuchillo”. todo

el léxico guerrero y varonil de Hernández está presente en este poema: cuchillo, espada, acero, bronce, piedra, varón, leones.

“Fuerza del Manzanares” es el último poema del libro; se había publicado en Nuestra Bandera, de Alicante, el 22 de agosto de 1937. Como el poema anterior, va en rima consonante con veros alejandrinos, endecasílabos y heptasílabos rimados a capricho del autor y en estrofas de variados números de versos. Es un poema de guerra: la defensa de Madrid y el río Manzanares como trinchera. Es a nuestra manera de ver un poema bueno. Canta al río, y al pueblo de Madrid, y al hombre que lo defiende. “La voz de bronce no hay quien la estrangule:/ mi voz de bronce no hay quien la corrompa... Hoy es un río y antes no lo era: era una gota de metal mezquino,/ in arenal apenas transitado,/ sin gloria y sin destino”. Es el mismo río de Lope de Vega, “aprendiz de río”, al que le cantó Quevedo, ridiculizándolo, y que ahora, en la voz del poeta entra en la galería de los ilustres ríos y héroes ríos. “El leve Manzanares se merece/ ser mar entre los mares”. Entre guerra y río va el poema: “a regar, además del Tajo y de los mares,/ donde late un obrero de esperanza”.

Ya hemos visto los poemas que integran el libro. Detengámonos en él en su conjunto, como obra, porque un solo denominador común lo anima: la guerra. La fuerza de la naturaleza coincidía con el poeta: rayo, furia, cólera, grito, alma, y tras el alma, el cuerpo todo. La guerra, sus angustias y calamidades lo hicieron alzarse sobre su poesía y sacar de la raíz de su pueblo todo el alud de voces duras para ponerlo a disposición del bando que defendía. Se identifica con el pobre, con el trabajador, con el explotado y del brazo de ellos camina a la guerra, como después caminará a las cárceles. Del libro se seca la conclusión de que el hombre Hernández y el poeta Hernández estaban convencidos de su misión y la cumplieron.

Todos estos versos de Viento del pueblo, antes y después de ser publicados en libro, fueron declamados a los soldados en las trincheras o en los hospitales.³⁴ Versos de guerra ilusionada con voces atronadoras, imprecaciones, de aliento y sangre. Por eso no estamos de acuerdo con Concha Zardoya cuando al detenerse en el cromatismo de este libro lo lleva al luto.³⁵ No, el luto sólo es aquí, según nuestro parecer, accidente. Si un color se le pudiera dar sería el rojo de sangre y habría que agregar otros colores: el de barro de trincheras, gris de metralla, claro luz de alientos, azul grana de valentía. Luto para el libro de guerra que le sigue, El hombre acecha y no para éste.

No hay barrera en este libro para el poeta y si las hay, las salta, o por mejor decir, las asalta. Tal es la fuerza y empeños. Todo el cosmos poético se le somete; lo

aprendido queda en las entrañas: lo vivo y lo que muere, la ilusión y la sangre. El alma desbordada se traduce en desbocada poesía. Tal parece que las palabras tienen dientes. Da la impresión de caballo poético sin bridas que sabe de la muerte y la muerte no le importa. Por la obra vemos que el poeta sabe más de la muerte que de la misma vida.

Las metáforas en el libro son múltiples, captadas desde todos los ángulos. La epanalepsis la encontramos en todas las estrofas de “Jornaleros”, y la correlación progresiva, como bien advierte Carlos Bousoño³⁶ en “Sentado sobre los muertos”. Los adverbios los usa con puntualidad medida; la anáfora como medio para elevar el grado cósmico los dolores, las ansias y las tragedias; el léxico del pueblo, adquiere grandeza poética. Se notan rasgos como la concisión, metro corto, realismo, sencillez, intimidad, y fervor por lo que siente, que entran a formar parte de sus libros posteriores, llegando a la palabra de entraña en Cancionero y romancero de ausencias.

Este libro ha sido visto por sus críticos de muchas diferentes maneras. Con Juan José Domenchina volvemos a estar en desacuerdo cuando dice:

Miguel Hernández, que parecía ser, a despecho de sus evidentes proclividades y facultades miméticas, el último brote cronológico de la mejor poesía española, se desdibujó durante la guerra civil en el menester urgente y político de la improvisación bélica y de circunstancias.³⁷

Pensamos que la guerra significó para el poeta un cambio en la visión y orientación de su poesía. Cambio positivo aun con todo el lastre político y de partido que le acompaña, porque se encuentra a sí mismo y ahonda y aflora su palabra guardada. Ramón Gaya nos dice que Viento del pueblo es “un libro desigual y sin medida” y nos habla de “esa maniática preocupación por conseguir poesía masculina y fuerte”.³⁸ Pensamos que no es preocupación por conseguir “poesía masculina” sino afloramiento de esa poesía natural nacida como parte de su mismo fondo. Esa poesía que le nace en Viento del pueblo es como él era: varonil, airado y apasionado. La guerra lo despertó a su realidad, fue su gran justificante. Véase desde el otro ángulo, desde el de las derechas, la obra de José María Pemán, Poemas de la bestia y el ángel y se podrá notar que Hernández vive la poesía que escribe mientras Pemán la describe; Hernández la cala; Pemán la encala. El primero se entrega en poesía; el segundo se expresa retóricamente. Es por todo eso por lo que la opinión de Francisco Umbral nos parece acertada: “la clave de una poesía de la realidad, digo, es que esté escrita a partir de un

hecho y no partir de una idea, un sentimiento o un estado de ánimo”.³⁹ Jacinto Luis Guareña reprocha a ciertos críticos de Hernández, como nosotros hemos hecho y ahonda en esta poesía de guerra:

. . . que nadie se llame a engaño: este Miguel Hernández es gran poeta. Y las posiciones restrictivas de algunos compañeros de entonces --cítese a Manolo Altolaguirre, a Luis Cernuda, a Ramón Gaya en sendas entregas de Hora de España, Valencia 1937-1938, sobre todo—me parecen Desacertadas, superficiales.⁴⁰

El compromiso político en un poeta regular lo estrangula, lo amordaza, lo hace ramplón y simple, sin substancia alguna, por muy inflados que sean los postulados, las consignas y los enfoques. Ya vimos cómo Hernández, con su poesía de fuerza, pero política, muchas veces se salvó de lo que parecía precipicio y lo era. Y lo salvó, pensamos, su propio convencimiento. De estar jugando con ideas, sin vivirlas y sentirlas hubiera resultado falso y vacío. José Manuel Castañón interpreta de la forma siguiente el compromiso y la exposición de un poeta:

El poeta que se comprometa en la producción, no interesa. Para acertar es preciso exponerse. Y en el libro de poemas, Viento de el pueblo, aún juzgándolo con un espíritu crítico duro, nos encontramos con poemas que salvan el libro, poemas geniales.⁴¹

Hay varias interpretaciones sobre Viento del pueblo que están muy cerca de las nuestras. Sobre esta poesía de guerra de Hernández y este Viento del pueblo, José Manuel Caballero Bonald dice que “se trata de uno de los libros más emocionantes, limpios y fervorosos que ha producido la poesía española en la primera mitad del siglo XX”.⁴² Caballero Bonald ha captado, a nuestro parecer, la importancia de esta poesía honda y dolorida del oriolano. Concha Zardoya, justa y seria crítica de la obra de Hernández, vuelve a profundizar en su apreciación de este libro: “Se describe a sí mismo de cuerpo entero: sus más hondas entrañas se iluminan y, por primera vez el poeta y el hombre conquistan la alegría.”⁴³ Ya vimos en el estudio de los poemas de qué clase de alegría se trataba, que no es la alegría corriente y normal.

La guerra en su fuego. España dividida por odios y rencores antiguos se desangraba en la guerra. Veamos cómo describe al poeta un anónimo periodista de Alicante el 21 de noviembre de 1937. “Su cara morena y roja, de campesino del Segura, ríe mientras nos va contando con su hablar rudo, tallado por el sol de Levante....”⁴⁴ Por la misma fecha, Bandera Roja, de Alicante, da a la luz un artículo de Hernández: “Hay que ascender las artes hacia donde ordena la guerra”, que recoge Vicente Ramos:

La guerra, el grave acontecimiento, ya lo he
dicho, desnuda tanto a los hombres que se le ve
transparente en sus menores movimientos y rasgos.
Ninguna materia tan perpetua para el hombre
que hace como la de una Humanidad en plena
conmoción, emoción, revolución de todos los va-
lores morales y materiales. Los hombres de la
pintura, la escultura, la poesía, las artes en
general, se ven hoy en España impelidos hacia
la realización de unas obra profundamente huma-
nas que no han comenzado a realizar todavía.⁴⁵

No estamos de acuerdo ni con el título del artículo ni con el último concepto que hemos transcrito. Pocas obras de guerra se salvaron. Casi todas ellas influidas por las consignas del momento, con puntos de vista mediocres, muchas veces influidos por los partidos y banderías de un lado o de otro. Parte de la obra de Hernández se salva, creemos, por autenticidad y fuerza que por dentro lo mandaba. Después de la guerra, con el cedazo por medio, el reposo de las ideas y el detalle en el recuerdo se crearon obras de valor cuyo tema es la guerra, como ejemplo: La forja de un rebelde, de Arturo Barea; Réquiem por un campesino español, de Ramón Sender, Los cipreses creen en Dios, de José María Gironella, la elegía El hacha, de León Felipe, más poesía imprecatoria que elegía misma, y posteriormente Jorge Guillén dio en poesía, Guirnalda civil. Los albores de la guerra los enmarca Manuel Andujar, con Vísperas.

El filólogo español y académico de la Española, fallecido recientemente, Tomás Navarro Tomás. Retrata a Hernández en el prólogo de Viento del pueblo de esta manera: “la ardiente exaltación en el recogimiento de su gesto y en la fijeza e intensidad de su mirada”.⁴⁶ El mismo Miguel nos da pie para verlo en sus reacciones humanas y poéticas: “El limonero de mi huerto influye más en mí que todos los poetas juntos.”⁴⁷

Los pequeños detalles, que tanto ayudan a trazar el retrato de un creador nos los da Antonio Aparicio: “Su ambición era llegar algún día a cantar verdadero canto flamenco”.⁴⁸ Concha Zardoya al referirnos cómo era su risa dice que “se hermana con los árboles y con el chorro puro de las cascadas”.⁴⁹

El Hernández que se duele por la muerte de sus compañeros, carnal y apasionado, tiene que volver a la guerra, a Teruel; la ciudad perdida y ganada y vuelta a perder. Estando en esa ciudad le nació su primer hijo, Manuel Ramón, el 19 de diciembre.⁵⁰ Este es un acontecimiento, como veremos, de suma importancia en su vida y obra. Otro acontecimiento importante en su vida fue el homenaje que le rindió la Alianza de Intelectuales para la Defensa de la Cultura a finales de 1937, cuando le nombraron el primer poeta de nuestra guerra y el gran poeta del pueblo.⁵¹

Seguía escribiendo Hernández. La obra de teatro El labrador de más aire, que había empezado a principios de 1936, y que para el 16 de julio de ese año tenía dos actos, según vimos en carta de aquella fecha a Carlos Fenoll, pensaba presentarlo al Premio Lope de Vega, pero sin esperanza; se terminó en el verano de 1937, en la Editorial Nuestro Pueblo, de Valencia, y fue impreso en los talleres de la Editorial Ramón Sopena, de Barcelona. Tiene 183 páginas; es una tragedia con un fondo de crítica social y está concebido teniendo como modelos Peribañez y el comendador de Ocaña y Fuenteovejuna, de Lope de Vega, sin llegar al desenlace jus-